

mas injusto; nosotros, sin embargo, lo rechazamos, y siempre estaremos por el gobierno patriarcal de los pontífices, y en oposicion á los decretos que dicta la fuerza, y jamas experimentaremos simpatía por un gobierno tiránico, por mas que tenga á su devocion espadas, cañones á su servicio y una corona en su frente. Y así para defender el pontificado, nos atreveremos á consultar una vez mas los hechos¹.

Por una parte vemos á los emperadores de Cons-

¹ Por lo que hace á los modernos, escribiendo algunos en odio á la religion, no han visto mas que astucia en cuanto los papas han hecho, querido, dicho ó padecido. Otros, sin proponerse un fin irreligioso, aunque adictos á la causa de un potentado que estaba ó creia estar en disidencia por no sé qué derechos con los papas, propendieron á poner siempre la razon del lado de la usurpacion y del desafuero. No repelieron los defensores de la Iglesia las acusaciones mas que imitando el método de los acusadores; estos vieron siempre en las acciones de los papas un designio profundo, continuo, perpetuo, de usurpacion y de dominacion. En consecuencia de esto se han visto inducidos á presentar á los enemigos de los papas como víctimas, llenos de dulzura en su mayor parte, bajo la inexorable cuchilla del sacerdote. A veces se sorprende uno al ver escritores en lo demas sensatos, dejándose arrebatar de estas diatribas, pedir lágrimas á la posteridad, no á favor de una muerte dolorosa, ni hácia uno de esos padecimientos que puede experimentar el hombre, sino por el aniquilamiento de proyectos ambiciosos, por la pérdida del poder de hombres que se presentan á su mente como violadores de todos los derechos. Manzoni. De esto puede inferirse el origen de las declamaciones contra los abusos de los papas.

tantinopla poseyendo la Italia, no como sucesores de los Césares, sino á título de conquista arrebatarla sus privilegios por otros reyes¹ extranjeros y amenazadores, todo lo llevan á sangre y fuego. Tienen unos y otros enfrente, ancianos, ministros de Dios elegidos por el pais y en sus filas, que oran, escriben, hacen procesiones, envian embajadas, van en persona á suplicar y no piden mas que paz y justicia, y cuando más reúnen algunos hombres armados, pero solo con el fin de defenderse. Entre estos tres poderes que se disputan la posesion de Italia, hay muchos millones de almas de las cuales se iba á disponer, oraban y gemian con el papa, y se veian despojados ó muertos por el rey ó por el emperador. ¡Cuánto no habian sufrido bajo el yugo imperial! ¡Cuánto no tenian que temer del de los longobardos! Su nombre solo inspiraba terror aun despues de tantos años como residian en Italia. Así, pues, si quedaba alguna esperanza á los italianos era en el papa, que hacia mucho tiempo era su representante, su defensor, el único que sabia consolar los oprimidos y hacer oír á los opresores palabras de justicia; era el papa que, por su carácter, era equitativo, lleno de mansedumbre, el único que hacia

¹ Dícese que los longobardos no eran extranjeros porque llevaban mucho tiempo de establecidos en Italia; pero este modo de discurrir nos parece tan impropio, que de ser legítimo podríamos decir que los austriacos no lo son en Venecia.

respetable el nombre romano, hácia el cual se habia concebido tanto desprecio á todas las naciones.

Entonces no tenia peso alguno en la balanza política el voto de un pueblo; pero nosotros no podemos menos de apreciar y llamar mejor la causa, cuyo triunfo hace disminuir la masa de injusticias y lágrimas entre esos hombres que se acostumbran á vivir descuidados de los gobernantes. El voto de estos infelices siempre será á nuestra vista de la mayor importancia. Conseguido su objeto, Pepino, es decir, la sumision de su contrario, repasó los Alpes, pero éste, que solo á la fuerza habia cedido, viéndose libre, reúne sus tropas y marcha sobre Roma, donde toda su astucia y su fuerza no consiguen mas que reanimar el valor de los romanos. Entonces fué cuando el papa Estéban II dirigió á Pepino una carta pidiéndole socorros en nombre de S. Pedro ¹, con lo cual revolvió sobre Italia, asola el pais, humilla á su competidor, le hace comprar la paz, le impone un tributo anual, le exige rehenes, y hace que ponga al papa en posesion del exarcato y de Pentápolis.

Pepino envió entonces á su canciller Fuldrado á Roma con las llaves de Rávena y otras ciudades para que las depositase sobre el sepulcro de S.

¹ Mr. Segur dice: Que Estéban pretendia haber recibido esta carta de S. Pedro. A lo cual decimos que entre una figura retórica y una impostura impía, existe una inmensa distancia.

Pedro, y habiéndose despues dirigido allí él mismo en persona, fué recibido como libertador. Aquí le vinieron embajadores de Constantinopla ofreciéndole los gastos de la guerra si restituia las plazas que habian pertenecido á los griegos, y contestó que no habia peleado por cuenta del emperador, y que asistiéndole derecho para disponer de ellas, lo haria como de una conquista legítima, regresando luego á Francia, donde murió de una caida del caballo, exhalando su último suspiro en manos de los monjes con quienes y la Iglesia habia sido tan generoso.

Por su muerte pretendió la corona su hermano Rachis, y salió del claustro en su busca; pero los magnates eligieron á Diderio, duque de Brescia, quien reconoció los tratados de Pepino y sus donaciones hechas al papa, añadiendo á estas las ciudades de Faiencia, Imola, el castillo Tiberiano, Gabello y el ducado de Ferrara, año de 757, en el cual murió Estéban, y fué elegido para ocupar la cátedra de S. Pedro, su hermano Paulo I, que despues de prometer amistad y fidelidad al rey franco, puso en libertad á Sergio, arzobispo de Rávena, que habia sido encarcelado por Estéban. Diderio entonces se niega al cumplimiento de sus promesas, y sin la muerte del papa, la guerra hubiera estallado; pero una vez en el trono Carlo Magno hizo restituir al pontífice cuanto le habian retenido.

Los hechos que acabamos de esponer prueban hasta la evidencia que la donacion fué hecha en toda su latitud, y que por ella los pontífices, ya de suyo poderosos, y como tales, son algunos derechos soberanos, activos, y obrando á larga distancia de los emperadores, ejerciendo otros, y como ciudadanos principales de Roma con los que esta municipalidad les concedia, vinieron á ser soberanos temporales por medio de estas donaciones que eran hechas en toda forma por el conquistador; y así pues, cuanto se ha dicho sobre si fué ó no de ésta ó la otra manera hecha, con estas ó las otras restricciones, queda enteramente desvanecido y declarado nulo, es sin fuerza el ataque, sancionado su dominio temporal por el derecho y por el hecho, por la donacion y la posesion.

El papa y Carlo Magno se unieron, y esta union, que tan provechosa habia de ser para la humanidad y para la civilizacion, fué mal admitida por los romanos, que con ella creyeron en peligro su independenciam, y solo el temor al poder del emperador pudo contener la rebelion que al fin estalló á su muerte para ceder ante el carácter firme del pontífice, que condenó los culpados, lo cual fué causa de que Luis el Benigno, creyendo atacada su soberanía, enviase á su sobrino Bernardo para que tomase conocimiento de los hechos, y como se persuadiese de la razon, confirmó

las donaciones hechas y las aumentó con otras nuevas¹. En esto murió Leon III, que ocupaba el solio pontificio despues de calamitosas revueltas, en que ambiciones desmedidas habian luchado, pero que fueron causa de que el poder temporal y prestigio pontifical se fuera arraigando; y la eleccion recayó en Estéban IV, que se consagró sin esperar el consentimiento imperial, emancipando así el pontificado de una traba que no estaba acorde con su soberanía. Hizo mas, recibió juramento de fidelidad de Luis, y luego fué á coronarle. Tambien su sucesor Pascual fué elegido por los romanos sin auencia del emperador, que con este motivo los amenazó para lo sucesivo. Este coronó al emperador Lotario, pero tan luego como se ausentó, dos dignatarios de la Iglesia romana que se le mostraron afectos fueron asesinados, por lo cual mandó Lotario comisionados en averiguacion de este suceso, y ante ellos depuso el pontífice y treinta y cuatro obispos que estaban inocentes de su muerte.

Muerto Pascual, la faccion romana eligió á Eugenio II, lo que causó en la ciudad muchos alborotos que hicieron necesaria la presencia de Lotario; entonces prescribió un juramento que debia prestarse al emperador; el pontífice se habia de elegir con arreglo á los cánones, en presencia de

¹ Labbé, tom. VII, pág. 1515.

los legados del emperador, y con su asentimiento; mas con todo, sin él fué entronizado, muriendo cuarenta dias despues, con lo cual fué elegido Gregorio IV de una manera mas regular. Entonces tuvo lugar una fuerte querrela entre Luis el Benigno y sus hijos, que hizo al pontífice presentarse en Francia para apaciguarla, lo cual fué llevado tan á mal por los obispos franceses, que mediaron agrias contestaciones, de las que resultó que en vez del título de padre que antes le daban, le dieron el de hermano. Sergio II, entronizado tambien sin el consentimiento del emperador, murió, y al momento los sarracenos saquearon á Roma y á la basílica del Vaticano. Sin aprobacion de los extranjeros, fué elegido Leon IV, que cuando los demas príncipes italianos huian ante los bárbaros ó compraban la paz á vil precio, supo reanimar el valor italiano, y al frente de un ejército derrotar los enemigos de la fé.

Hubo un dia en que Roma gentil era el punto de reunion de todas las naciones, y la Roma cristiana daba tambien en esta época asilo á todos los pueblos; innumerables documentos nos han conservado los nombres de las naciones que la poblaban ¹, que allí tenian escuelas, barrios y hermandades, convertidas hoy en iglesias, hospita-

¹ Anastasio hace mencion de los *vici sajorum, sardorum frisorum corsarum*, y de las *schole peregrinorum, frisonum saxorum y longobardorum*.

les, colegios y academias. Los nuevos pobladores se habian establecido á orillas del Tíber en derredor del Vaticano, y para defenderse de los árabes y los húngaros, Leon hizo fortificar aquel arrabal como lo habia hecho con Ostia Gregorio IV. En esto empleó las limosnas de los peregrinos y los brazos de los hombres de la Iglesia; de los monasterios, del ducado, y de aquellos mismos que habian ido á llevar allí la destruccion; con estos recursos le rodeó de murallas desde el castillo de S. Angelo hasta el hospicio del Espíritu Santo. Concluido, le bendijo con las mismas manos que le habia defendido, y le dió vuelta procesionalmente con todo su clero, con los piés descalzos, mereciendo que en agradecimiento el pueblo perpetuase en él su nombre, llamándole *ciudad Leonina*.

En esto empleaba la Iglesia sus inmensas riquezas, y aquellas ofrendas que en tiempo de Leon III ascendieron á ochocientas libras de oro y veintiun mil de plata; despues de haber reparado la basílica de los santos apóstoles empleó en ornamentos tres mil ochocientas sesenta y una libras de plata y doscientas diez y seis de oro. Cantidades que no pudieron menos de refluir en utilidad de las artes y del comercio, lo cual es indudable, puesto que se invirtieron en artefactos, y esto nos ofrece desde luego lo útil que fué á la civilizacion el engrandecimiento del clero en dignidad, riqueza

zas y poder. A la altura en que le tenemos, sin trabas, ó muy escasas, el pontificado podía dar ampliacion á sus ideas humanitarias y civilizadoras; como soberano podía plantear reformas, como poderoso y con medios dispensar proteccion, y con la voz de su autoridad animando á los príncipes, exhortándolos y dándoles ejemplo, llevar la sociedad por la senda del progreso en todos los ramos del saber al cumplimiento de su grandeza, á su feliz porvenir.

Como un sacerdote llamado Anastasio no residiese en parroquia, fué depuesto por el pontífice, pero su deposicion, lejos de humillar le ensoberbeció, y tanto, que muerto su gefe, se presentó candidato á la silla en oposicion de Benito III, á quien, despues de nombrado, hizo despojar de las insignias pontificales por los comisionados del emperador que supo ganarse. Benito, que contra su gusto habia sido elegido, ni aun profirió una queja; y sin embargo, los romanos triunfaron y su eleccion; titulóse vicario de S. Pedro, pues hasta el siglo XIII los pontífices no llevaron el nombre de vicarios de Cristo. Por su muerte subió al solio Nicolás, que fué coronado en presencia del emperador, y Luis III, que asistió á ella, tuvo la brida de su cabalgadura, y hasta se dice le besó el pié. Sacado del claustro á la fuerza para esta dignidad, ha merecido de él se escriba en la historia. Reinó sobre los reyes y tiranos, los sometió á su

autoridad, como si hubiese sido señor del mundo; se mostró humilde, dulce, piadoso y benévolo con los obispos y sacerdotes observantes de los preceptos del Señor; terrible y de un rigor estremado con los impíos y cuantos se desviaron del camino recto, de tal modo, que se le pudo tomar por otro Elías resucitado á la voz de Dios, si no en cuerpo, en espíritu y virtud ¹.

Se mostró firme con Focio, patriarca de Constantinopla, é inexorable con las intemperancias reales. Queriendo contraer matrimonio Lotario II de Lorena, con Waldrada, parienta muy cercana de los arzobispos de Colonia y Tréveris, acusó de incesto á su mujer Teulberga, que se justificó, aunque despues, intimidada por su esposo, se confesó culpable y fué encerrada en un claustro, de donde pudo escaparse y refugiarse en la corte de Cárlos el Calvo, donde retractó su confesion; mas á pesar de esto y de estar sostenida su inocencia por el pais, el poder real y el de los prelados, la hicieron condenar, autorizando á Lotario para contraer segundo enlace. Apeló de su inocencia al papa, y un nuevo concilio reunido en Metz por los delegados del pontífice la condena. Pero reconociendo al fin Nicolás su inocencia y las intrigas de que era víctima, la absuelve, depone á los dos prelados, amenaza con igual castigo al obispo que se

¹ Cron. de Reginon. 868.

opusiese á su decision; y elevándose hasta el poder temporal, fuerte en el testimonio de su conciencia, escribe al prelado de Mezt: "Examinad bien si esos príncipes y reyes, á quienes os confesais sumisos, son verdaderos príncipes y reyes. Examinad si se gobiernan bien, primero á sí mismos, luego á su pueblo; porque el que no sirve para sí mismo, ¿cómo ha de ser bueno para los demas? Examinad si reinan conforme á derecho, porque si no debe considerárseles mas bien como tiranos, y debemos resentirnos y levantarnos contra ellos, pues de no hacerlo así seria preciso favorecer sus vicios."

Los arzobispos se quejaron de su deposicion; y refugiándose al lado de Luis II, hermano de Lotario, le impulsaron á sitiar á Roma: cuando sus tropas se acercaban el pontífice celebraba una solemne procesion para rogar á Dios que inspirase mejores sentimientos al emperador; pero los soldados todo lo atropellan, hieren á los romanos, despedazan la cruz y destrozan las banderas. Nicolás se encerró en la ciudad leonina, y con solo las súplicas conmueve al emperador, que abandona la causa de los arzobispos y se aleja de Roma. Convencida la cristiandad de que no podia ser malo el juicio del papa ¹, se declara contra Lotario, que al fin se somete al juicio de Nicolás, que le man-

¹ Hinemar. De Divort. Loth. et Tentb. t. 1. pág. 603-695.

da recibir á su primera mujer y enviar la segunda á Italia. Esta huye, y el rey pide la disolucion de su primer matrimonio, cuya cuestion se ventilaba cuando se murió el pontífice, sucediéndole Adriano II. Era éste deudor á Lotario de haber libertado á Roma de los sarracenos; pero ni esto fué capaz de hacerle anular el matrimonio; y habiéndose acercado Lotario á la comunion presentándole el pan eucarístico, le dijo el pontífice: "Si has renunciado al adulterio, si has roto toda clase de relaciones con Waldrada, que este sacramento te proporcione tu salvacion; pero se convertirá en castigo si tu corazon es perverso." Pocos dias despues murió Lotario, y esto se tuvo á efecto del juicio de Dios; pero este hecho nos ofrece una gran importancia, y es la proclamacion aceptada por los reyes y aplaudida por los pueblos, de que los reyes están sometidos á la autoridad del pontífice. ¿Y saben nuestros enemigos por qué fué tan benévolamente aplaudido? Nosotros lo diremos: porque se consideró no del modo bastardo, cuya significacion quiere dársele hoy por la oposicion, sino con el consuelo que dá el saber la existencia de una autoridad superior adonde recurrir contra los abusos del poder de los grandes. Véase si fué humanitario y civilizador, y de grandes y benéficas consecuencias para la sociedad este principio. Este principio prevaleció tambien en las cues-

tiones episcopales, como se prueba por la diferencia incitada entre Rhotado, obispo de Soisons, y Hinemar, arzobispo de Reins, que le habia hecho deponer en un sínodo y encerrar en un convento. Habiendo apelado al papa Rothado, avocada la causa á Roma, fué absuelto y restituido en su dignidad, lo cual causó gran novedad entre los obispos franceses por haberse hecho la deposicion en un concilio: sin embargo, Nicolás apoyaba su determinacion en que el concilio se reunió sin su órden, y sostenido por la justicia y la opinion popular quedó tan victorioso el pontificado en esta cuestion como en la de Lotario, triunfando así del trono y del episcopado, y con derecho á reprender y contener á los poderosos, desde el rey hasta el diácono, como lo hizo al rey Cárlos el Calvo.

Sin embargo, este acrecentamiento de poder se vió amenazado en las débiles manos de su sucesor Adriano II, con ocasion de querer proteger á Luis II contra Cárlos el Calvo, á lo cual se opusieron los obispos, quedando desairado su poder en esta ocasion como cuando quiso proteger á Carloman, que fué depuesto á pesar de sus amenazas. Depuesto Hinemar, obispo de Leon, por un concilio que reservó al papa el derecho de confirmar la sentencia que le habia dado el de Sardica, quiso anular la deposicion, á lo cual se opuso el arzobispo de Reins, y murió sin ver ter-

minado este asunto. Más débil que el antecesor Juan VIII, engañado por el patriarca Focio, cedió en puntos de disciplina, juzgó mal los actos humanos, prodigó las excomuniones y convirtió las penitencias en peregrinaciones¹. A la muerte de Luis II, pretestando que el imperio habia sido conferido á Carlo-Magno por la gracia de Dios y el ministerio del papa, lo trasladó al rey de los francos². Quizás sea verdad que agradecido Cárlos el Calvo, le cedió el derecho de soberanía sobre Roma; pero no es tan cierto como que dispensó al papa y á su pueblo del homenaje que tributaban al emperador.

Quince meses duró el reinado de Martin II, que tuvo por su sucesor á Adriano III, autor segun se cree del decreto que escluye al emperador de la eleccion de pontífices, y no quiso admitir á Focio en la comunión. Igual firmeza, respecto á este particular, desplegó Esteban IV, haciendo conocer al soberano de Bizancio los límites de la autoridad pontifical y del poder real. Sucesivamente reinaron Formoso, Bonifacio VI y Esteban VII, en cuyo tiempo se turbó la paz de la Iglesia; luego viene Romano considerado por algunos como antipapa, admitiendo como legítimo á Teodoro II.

1 Labbé, tom. 8, pág. 103.

2 Actas del concilio de Roma de 887.